



momento, el golpe de vista, el perfil, la esencia, el espíritu captadores de nuestra atención, de nuestra curiosidad, de nuestro asombro, o simplemente de nuestro interés periodístico. ¡Cuánta gracia, cuánta donosura, cuánta gentileza, cuánta modula y cuánto corazón en este bajo pueblo madrileño!

En nuestro ambular inquisitivo pasamos por algunas calles engalanadas de verbena —cadenetas de papel, floripondios tricolores, bataneo chirriante de los manubrios, la dorada y caliente geometría de los churros—, y pensamos que nada mejor que esto, aquí precisamente, en esta escondida calle de la Ventosa, en plena verbena y en pleno sábado, es decir, cuando los vecinos de esta casa que hemos elegido para nuestra información van a proceder al pago de sus cuotas semanales por el sistema que ya más arriba queda apuntado.

El desfile pintoresco de los vecinos por la portería

Imagine el hermano lector, si por acaso no conoce *de visu* a los madrileños y sus costumbres de portales adentro, lo que es una casa de corredores en pleno barrio castizo, con grandes patios y centenares de inquilinos. ¡Y en sábado y con verbena! Nuestra aparición en el patio, Pío con su máquina y yo con mi cartera bajo el brazo, causan entre los simpáticos rabaleros un estupor inenarrable. Al principio nos miran con recelo, con desconfianza, con... chunga. Luego, cuando se enteran del objeto de nuestra visita, no sólo se muestran expansivos y serviciales, sino que se ofrecen con toda gentileza a nuestra disposición y conveniencia.

En ausencia del portero, un honrado jornalero, que en este día precisamente se ha reintegrado al trabajo, después de una temporada de paro forzoso, la portera, su mujer, satisface amablemente nuestra curiosidad.

—¿Cuál es la cantidad máxima que suelen pagarle semanalmente estos simpáticos vecinos?

—De tres a cinco pesetas, en los casos de verdadera categoría. Estos son los que habitan mejores cuartos de la casa.

—¿Y la mínima?

—Esa es la corriente, la general, que suele ser una peseta. Los hay que dan hasta

Un patio de la casa de corredores.

Una madre cariñosa, inquilina de la casa.

cincuenta céntimos, los más pobres, como puede usted suponer.

—¿Todas las semanas abonan todos e iguales cantidades siempre?

—¡Ca!, no, señor. Abonan las semanas que pueden y las cantidades que pueden. Hay el que me da un sábado 1,25, por ejemplo, y a la vuelta de dos o tres sábados me abona dos pesetas, o una, según...

—Mediante recibos, ¿no?

—Sí, señor. Mi marido se encarga de extender los recibos por las cantidades que ellos abonan. Eso sí, lleva la administración de la casa que ya quisieran muchos hombres de letras. Pero es que mi hombre es *listísimo*... Eso es la verdad.

—Y dígame, simpática portera: según eso, ¿cómo y cuándo se completa en estas casas la mensualidad? Porque abonando de esta manera originalísima...

—Muy sencillo, señor. El que paga treinta reales de cuarto, por ejemplo, abona los treinta reales dentro de los treinta días del mes. Podrá dar un real el primer sábado y veintinueve el último, según pueda o le convenga, pero la totalidad tiene que completarla dentro del mes de la fecha.

Escenografía

Gran revuelo el que se ha armado en el patio, en los dos patios, porque son dos los que tiene esta populosa y harto democrática vivienda. Las mocitas del vecindario, obrerillas donairoas y gentiles, van reintegrándose a sus hogares después de la ruda y larga faena cotidiana—¡trabajan diez y doce horas diarias!—, no sin antes pasar por la portería y abonar su cuota, esa modesta cuota semanal que les da derecho a vivir bajo techado, aunque pobremente, y que tantos afanes y tantos sudores le cuesta reunir y conservar.

Los chiquillos, semidesnudos, alborotado-

rés, magníficos de greñas y chiurretones, invaden los patios y corredores, encaramándose a los soportes y barandillas con precisión y agilidad simiescas. Las buenas comadres de conclave vecindón, quisquillosas y frescachonas, comentan puestas en jarras de portal a portal, de escalera a escalera y de galería a galería:

—Ay, hija. ¿Pero es que no se ha enterao *ustedes*? Si es que vamos a salir en "los papeles".

—¿Cómo!

—Como lo oye, mujer de Dios. ¿O es que se ha creído *ustedes* que no *semos* nadie nosotras?

—¡Pa chasco!

—¡Pues eso!

—Y en qué "papel" salimos, *señá* Marcara?

—Na, en el A B C, hija, como quien no quiere la cosa. ¡La cordilla que va a tragar la Matea cuando venga y se entere que nos han *retratado pa el público* y que ni ella ni sus pimpollos van a salir! ¡Vamos, le digo a *ustedes*, vecina, que me troncho!

Buenas gentes, gentes honradísimas y bienhumoradas estas del patio de corredores de la escondida y característica calle de la Ventosa madrileña. Gentes humildes que viven de su trabajo y de sus afanes hogareños y familiares. Que trabajan, y comen, y se divierten con bien poquita cosa. Con unas cadenetras de policromos papelillos, y unas banderitas republicanas, y un "dicieto" de limón "helao", y unas vueltas de baile en el solar de la esquina, con el novio del "lao" izquierdo, al compás de la ramplona musiquilla del manubrio.

¡Ah! Y que pagan al casero. Por semanas y en cantidades insignificantes. ¡Pero pagan!

JUAN DEL SARTO